

LA GARRA DE LA PALOMA: TRASTORNO DE JUAN RAMÓN Y FRAY LUIS

Cuántos ríos y hasta cuántos mares no habrán volcado sus aguas en la oceánica obra de Juan Ramón Jiménez. . . Podrán los estudiosos con repetido empeño intentar el análisis de fuentes, labor asidua e incompleta siempre, porque, como decía Bernardo Gicovate, “todo esfuerzo crítico ha de ser, sin duda, parcial y errado en la reflexión de su roto espejo tratando de reproducir enormes mares”¹. Sin embargo, volvemos a los poemas de Juan Ramón con el mismo hábito amoroso, y entre los versos se despiertan ecos que no oyéramos otras veces, resonando antiguas sales y nuevas luces.

Notaba Gicovate en un libro luminoso que el último verso de “Trastorno”, bellísimo poema de los *Sonetos Espirituales*, “y la traición tenía un claro nombre”, acaso fuera “un resultado lejano de la comprensión de las tragedias de Shakespeare”². Lo cual no es imposible, ya que en cada lector han de acumularse las resonancias sedimentadas en la poesía del vasto Juan Ramón. Al releer el poema, he sentido por mi parte un eco, no tan distante, de cierta canción de Fray Luis y, al seguir releendo al poeta, se me fueron asociando notas, hasta sonar en armonía curiosamente familiar al sentir del agustino.

¿Cómo dudar de que Fray Luis era uno de los poetas amados de Juan Ramón, si él mismo lo ha dicho, y repetidamente?³. Pero aquí no es cuestión de preferencias y puede que ni siquiera lo sea de influencias. No me preocupa ahora puntualizar esa fraternidad espiritual en la busca del “nombre exacto de las cosas”, esa común y escondida senda de la inteligencia nominadora, esa norma del “velar de las estrellas”. El Fray Luis supremamente sereno, el de la palabra enjuta y clara, melodiosa y tersa, es acaso de todos nuestros clásicos el que más pareciera haber logrado el ideal poético de Juan Ramón; pero hay otro

¹ BERNARDO GICOVATE, *La poesía de Juan Ramón Jiménez. Obra en marcha*, Espugles de Llobregat, 1973, p. 7.

² *Ibid.*, p. 117.

³ ENRIQUE DÍEZ-CANEDO, *Juan Ramón Jiménez en su obra*, México, 1944, p. 94.

Fray Luis, así como hay otro Juan Ramón, los dos menos recordados, poetas del desengaño y el trastorno, de la desilusión amorosa y los paraísos perdidos. Piensa Gicovate que "el disgusto de lo sexual que oscurece los dramas de un periodo de Shakespeare. . . es también parte de las experiencias a las que se apunta en la poesía de Jiménez"⁴. Ciertamente; y agreguemos que el desengaño erótico es una de las constantes de nuestro Siglo de Oro. Resulta harto curioso que en Fray Luis y en Juan Ramón la crisis se haya dado en una conjunción poética muy similar, en una serie de destrucciones progresivas de lo deseado, de metamorfosis destructoras de lo hermoso. Aún más, se da con idénticos símbolos: el jardín en primavera, la flor por lo efímera, la fuente. Símbolos que por su misma esencia arquetípica impiden indicar una derivación textual necesaria; aunque tanto menos típica se encuentra en ambos la paloma carnicera.

Tratar de señalar posibles fuentes no es labor vana, pero en oportunidad como ésta la evidencia resulta precaria. No estamos hablando aquí de imitaciones conscientes al modo clásico, ni aun al modo de los modernistas aprendiendo del parnasianismo o del simbolismo francés. Tratamos de un poeta cuyo pensamiento es secular sustancia en la carne misma de nuestra poesía, cuyas metáforas son arquetipos esenciales, y sus sentimientos de universalidad ejemplar. Sería cosa arriesgada puntualizar la canción de Fray Luis como fuente del soneto de Jiménez, y el hacerlo no añadiría más que una breve nota a pie de página de las tantas posibles e inminentes a su ingente obra. Por otro lado, todos sabemos que el poeta conocía la canción de Fray Luis, por la sencilla y nada erudita razón de que todo español culto solía conocer, por lo menos desde la adolescencia, la poesía del agustino. A lo que apunto, en cambio, es a señalar una trayectoria espiritual en la poesía del joven Jiménez no diferente de la de Fray Luis ni en la experiencia poetizada ni en la cristalización simbólica de la desilusión amorosa.

Suele conocerse el poema de Fray Luis de León como "Imitación del Petrarca", si bien su más justo título lo recibió de Gracián, "Canción real a un desengaño"⁵, pues verdaderamente se

⁴ GICOVATE, *op. cit.*, p. 123.

⁵ BALTASAR GRACIÁN, *Agudeza y arte de ingenio*, ed. Evaristo Correa Calderón, I, Madrid, 1969, p. 81. Todas las citas de Fray Luis siguen la edición del P. Angel C. Vega, *Poesías de Fray Luis de León*, Madrid, 1955. Sobre la "Canción real a un desengaño", cf. mi artículo "La visión evocada: la

trata de repetido desengaño, acumulando sus destrucciones estrofa tras estrofa. Precisamente lo mismo ocurre en el soneto de Jiménez, trastorno absoluto de cada símbolo en su trágico reverso:

Nunca creí que el albo lirio fuera
 efémero también. Yo no sabía
 que el odio alimentara la alegría.
 ¡Invierno, te llamaron primavera!

¿Por qué la estrella altiva y pura era
 el seco nido de la noche umbría?
 ¿La paloma inmortal cómo encendía
 corvo pico de ave carnícera?

Pues aquel manantial, con su negrura
 enlutecía el mar de la mañana.
 El ruiseñor pudo asustar al hombre.

Hablaba el niño con palabra impura,
 el corazón era una gruta insana,
 y la traición tenía un claro nombre.

Cuántas veces hemos sentido al joven poeta en vaga espera, acaso del amor, "entre lirios blancos y cárdenos lirios", allí donde "el alba [lo] sorprende/buscando entre los lirios/la huella de tu paso"⁶. Sin duda en los lirios se concentra el vergel todo:

Iba mi alma embriagándose del olor de los cárdenos lirios
 y de los lirios blancos, distraído su amargo dolor.
 El jardín parecía un triunfo de mudos martirios,
 sólo los lirios blancos, los morados estaban en flor⁷.

El lirio, pues, suma y esencia del vergel, es lo que se descubre efémero en la primera estrofa del soneto; es el trastorno por lo

canción de Petrarca en el verso de Fray Luis" (firmado Alicia C. de Ferraresi), *Anuario de Letras*, XIV (1976), pp. 155-173.

⁶ La primera cita corresponde a un poema de la *Segunda Antología Poética*, de aquí en adelante citada en el texto como *SAP*, titulado "Blanco y Violeta", que corresponde a *Primeras Poemas: Anunciación* (1898-1902); en la segunda cita, se trata de un poema de *Canción*, "El adolescente."

⁷ Poema citado por Díez-Canedo (cf. n. 3), pp. 112-113, que nos informa: "En otro de los pliegos de *Sucesión* transcribe Jiménez un soneto de 1900, que no he hallado entre sus libros iniciales, en versos de diecisiete sílabas, que titula, sin duda a *posteriori*, 'Armonía en violeta y blanco' y califica de '(Fusión y confusión con Rubén Darío)'."

hediondo de lo bello⁸, es la flor engañosa, la primavera en derrota, el gozo aniquilado en la fragancia muerta del jardín. Siglos antes de todo esto dijeron los versos del agustino:

A la entrada me hallé de un verde prado,
de flores mil sembrado,
obra do se extremó naturaleza.
El suave olor, la no vista belleza
me convidó a poner allí mi asiento.
¡Ay, triste!, que al momento
la flor quedó marchita,
y mi gozo tornó en pena infinita.

Juan Ramón está poetizando una vez más la experiencia del veneno en el edén:

El placer, el placer! Sí, sí... yo he conocido
su olor, dulce por fuera, venenoso en lo hondo.
(*Melancolía*, 1910-1911).

Un día se oyó de igual ponzoña en las palabras de Fray Luis:

que esa azucena,
esa purpúrea rosa
que el sentido enajena,
tocada, pasa el alma y la envenena.
(“Las Serenas”)

Placer lo llama el poeta moderno, placer que es *cupiditas* indicaría el agustino, aplaudiendo por lo justas las increpaciones que se oyen en otro poema de Juan Ramón a ese vaso del sexo, a ese antro de concupiscencia que en un momento sintieron era la mujer: “abismo en flor”, “rosa de filo”, “fontana de letargo”⁹; para los dos, en suma, flor emponzoñada y ponzoñosa.

La estrella de la segunda estrofa de “Trastorno” no ha de ser diferente en su naufragio de las del ya citado poema de *Melancolía*:

los ojos puros que envilecen sus cristales,
los brazos que se olvidan de ser rechazadores,
el naufragio de las estrellas ideales
en un limo marchito, agrio de sucias flores.

⁸ Efémero: lirio hediondo (*DRAE*).

⁹ De *Primeros libros de poesía*, 3a. ed., Madrid, 1967, p. 896.

Flor marchita en Fray Luis, lirio efémero en Jiménez, tal es el desengaño de “el fin de lo que no tenía fin” —de lo que necios creímos que no tenía fin—, como esa fuente perenne del amor, que en el primer terceto se ennegrece con luto tan aciago como el ardor que abrasa a otro ciego deseante:

Cercada de frescura,
 más clara que el cristal hallé una fuente
 en un lugar secreto y deleitoso;
 de entre una peña dura
 nacía, y murmurando dulcemente,
 con su correr hacía el campo hermoso.
 Yo, todo deseoso,
 lancéme por beber, ¡ay, triste y ciego!
 ¡Bebí por agua fresca ardiente fuego!

El manantial desvirtuado recurre en la poesía de Jiménez, “fuente seca y ruinosa, ¡ya no eres más que piedra!”¹⁰; y más de una vez, como en Fray Luis, coinciden con la metamorfosis de la fuente las desoladoras mutaciones en el vergel ilusorio. Juan Ramón nos repite de esa locura, de esa ceguera del iluso, también ¡ay, triste y ciego!:

Una a una las hojas secas van cayendo
 de mi corazón mustio, doliente y amarillo.
 El agua que otro tiempo salía de él, riendo,
 está parada, negra, sin cielo ni estribillo.
 ¿Fue un sueño mi árbol verde, mi copa de frescura,
 mi fuente entre las rosas, de sol y de canciones?
 ¿La primavera fue una triste locura?
 ¿Viento aquella florida bandada de ilusiones?
 Será mi seco tronco con su nido desierto;
 y el ruiseñor que se miraba en la laguna
 callará, espectro frío, entre el ramaje yerto
 hecho ceniza por la vejez de la luna.

(SAP, Elejías, 1907-1908).

Este espectro frío del ruiseñor del desengaño ciertamente “pudo asustar al hombre”.

Desde siempre ha sido el vergel el huerto del amor; es allí donde aparece la amada entre las flores, tan hermosa, tan soñadamente dulce, y es allí donde acontece la tragedia:

¹⁰ SAP, de *La soledad sonora*, no. 6 (1908).

Amigo, es mi jardín con flores lo que lloro,
 este mayo sin nada de la ilusión perdida. . .
 —¡Tanto perfume en balde! ¡Tanta cosa de oro
 echada al alma negra y a la carne podrida!—
 Hay una boca roja para el amor en llanto,
 hay un sol amarillo para la tarde rosa,
 un agrio cornetín para el sueño. . . un espanto
 para cada reposo.

Una vez, la mimosa
 pasión de una mujer anduvo entre mis penas. . .
 Yo creí que venía con lirios y por mieles. . .
 Cuando le di la sangre caliente de mis venas,
 huyó, sonando un alma de alegres cascabeles.

(SAP, *Elejías*, 1907-1908).

Una vez más la desilusión de este abandonado no es diferente de la que sentimos en otra antigua huida, también de la doncella allegada y fugaz en el vergel que vimos destruido en la primera estrofa de la canción luisseña:

Al fin vi una doncella
 con semblante real de gracia lleno,
 de amor rico tesoro y hermosura:
 puesto delante de ella,
 humilde le ofrecía, abierto el seno,
 mi corazón y vida con fe pura.
 ¡Ay, cuán poco el bien dura!
 Alegre lo tomó y dejó bañada
 mi alma de dulzor. Mas, luego airada,
 de mí se retiró, por tal manera,
 como si no tuviera
 en su poder mi suerte.

A través de los siglos ambos poetas coinciden en la acerba fraternidad del vergel de los engaños. En los dos oímos a un yo iluso entregar corazón y sangre a la hermosa que lo abandona entre las ruinas del una vez ameno huerto. "Trastorno" parece nítido resumen de esta repetida poetización del desengaño erótico en la poesía de Jiménez; pero, como hemos visto, no es ésta una tónica esporádica, pues, como bien dijo ya el crítico, en los años anteriores a este soneto "su poetizar, en la ignorancia, había sido como el síntoma febril de una enfermedad, de una locura ilusa y de un desengaño amargo"¹¹.

¹¹ BERNARDO GICOVATE, *La poesía de Juan Ramón Jiménez. Ensayo de exé-*

Hasta aquí los paralelos con Fray Luis son claros, si bien de muy amplio alcance, debido a la común universalidad de idénticos símbolos y sentimientos. Todo lo que nos dice Jiménez lo ha dicho —si con distinta dicción, con igual sentido— el viejo poeta. Aún hay algo más notable y más ceñido. En ambos se da, sorprendente, esa imagen en apariencia tan moderna en el soneto de Juan Ramón:

¿La paloma inmortal cómo encendía
corvo pico de ave carnicera?

Verdaderamente estos versos dirían sintetizar lo que expresa Fray Luis en la metamorfosis de la paloma:

De blanco y colorado
una paloma y de oro matizada,
la más bella y más blanda que se vido,
me vino mansa al lado,
cual una de las dos, por quien guiada
la rueda es de quien reina en Pafo, en Gnido.
¡Ay! yo, de amor vencido,
en el seno la puse, que al instante
el pico en mí lanzó, crüel, tajante,
y me robó del pecho el alma y vida;
y luego convertida
en águila, alzó vuelo:
quedé merced pidiendo yo en el suelo.

“Trastorno” es, ciertamente, un poema clave por ser suma y síntesis de ese desengaño erótico que transe de amargura tantos versos de Juan Ramón. Desengaño tan semejante al que poetizó Fray Luis, que bien puede repetirse lo que la crítica dijo respecto de Jiménez y Shakespeare, variando sólo el nombre del inglés al remplazarlo por el del salamantino: “Y a esta revulsión le sigue una serenidad reconquistada por caminos distintos, claro, en los dos poetas tan distantes en historia y lengua”¹² Sí, para ambos fue necesario dejar “la cueva del sueño” y encontrar la luz. Así, tras su experiencia de la prisión inquisitorial, un día lo entendió Fray Luis, cuando desde el seguro puerto de la serenidad por fin lograda evoca su pasado, para recordar entonces el amoroso veneno del vano error antiguo:

gesis, San Juan de Puerto Rico, 1959, p. 73.

¹² GICOVATE, *La poesía de JRJ* (cf. nota 1), p. 123.

¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error!

.....
y do está más sereno
el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro,
mientras el mancillado pecho apuro;
mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco,
por todo su proceso,
vario entre gozo vano y caso avieso.

("Descanso después de la tempestad").

También Juan Ramón Jiménez encontrará el nuevo aire de la verdad calma y luminosa, pero para hacerlo debió antes comprender —no meramente vivir— la naturaleza del desengaño, su propio "luengo error". Al fin de cuentas cada uno de los dos ha sabido, y cada uno sabemos, que en las tantas traiciones del vergel, del lirio, del manantial fresco, de la mansa paloma, la traición tiene siempre un claro nombre.

ALICIA DE COLOMBÍ-MONGUIÓ

State University of New York,
Albany.